

9
2ej.



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

LA PARTICIPACION DE LA MUJER
DURANTE EL MOVIMIENTO CHICANO

T E S I S A
que presenta

César Rodrigo Moreno Cárdenas
para obtener la Licenciatura en
Estudios Latinoamericanos

Directora: Dra. Barbara A. Driscoll



México, D. F.

1997

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres, por su infinito apoyo.

A mi hermana Verónica, por su increíble paciencia.

INDICE

	Página
INTRODUCCION	i
 CAPITULO PRIMERO	
1.1 Antecedentes e Indicadores Socioeconómicos	1
1.2 Organización y Participación	11
 CAPITULO SEGUNDO	
2.1 El Movimiento Chicano	16
2.2 Evolución y Componentes del Movimiento	22
2.3 Las Mujeres en la Agenda del Movimiento	27
 CAPITULO TERCERO	
3.1 La Lucha Laboral	32
3.1.1 La UFW y las Mujeres	32
3.1.2 Dos Ejemplos de Organización	36
3.2 La Nueva Conciencia	40
3.2.1 La Chicana: Educación y Política	40
3.2.2 El Feminismo: ¿Un movimiento distinto?	47
3.2.3 Algo Sobre los Estudios de la Chicana	51
 CONCLUSIONES	 54
 BIBLIOGRAFIA	 56

INTRODUCCION

La presente investigación se propone analizar el papel y la participación de las mujeres en el Movimiento Chicano, entre 1965 y 1975, los cuales, fueron los años de mayor efervescencia y actividad.

Dicho Movimiento, fue un intento, por parte de la población de ascendencia mexicana, radicada en los Estados Unidos, por cambiar la situación que habían vivido desde mucho tiempo atrás. El término chicano se usó para cohesionar a dicha población, sin importar su tiempo de residencia. No todos se identificaron como dicho término, sin embargo, si lo hicieron con el fin principal, que como ya dije, era cambiar su situación.

Pese a lo anterior, muchos estudios, que van desde la literatura hasta la política, se refieren a las personas de ascendencia mexicana, como chicanos. Este trabajo no será la excepción, por lo que usaré el término chicano, como referencia.

En el capítulo primero, mostraré algunos antecedentes socioeconómicos, que intentarán explicar la condición de las chicanas antes del Movimiento. En el capítulo segundo, se dará un panorama del Movimiento Chicano en general, sus

frentes y su agenda. Finalmente, el capítulo tercero, dará una visión de la participación de la mujer en dicho movimiento.

Aunque principalmente me refiero a la participación de la chicana en asuntos laborales, educativos y políticos, considero que es necesario tomar en cuenta algunos aspectos culturales, como son: su papel en la familia y en la sociedad, ya que muchas veces, estos determinan el cómo y el por qué se inserta un grupo, dentro de un determinado proceso.

Las hipótesis manejadas en este trabajo son las siguientes: 1) analizar y comprobar si las mujeres estuvieron plenamente integradas al Movimiento Chicano y, 2) ver si su participación estuvo lo suficientemente cohesionada, como para dar pie a un movimiento propio de las chicanas.

1.1 ANTECEDENTES E INDICADORES SOCIOECONOMICOS

A lo largo de los años, la población de origen mexicano que vive en los Estados Unidos, ha sufrido discriminación y marginación, lo que ha significado que existan diferencias entre esta y el resto de grupos étnicos que viven en ese país, por lo que se ha dado, sobre todo, una brecha amplia entre las minorías y la población blanca dominante.

Esta situación la definen algunos teóricos (Barrera, 1979; Acuña, 1988), como colonialismo interno. Este consiste en la subordinación de un grupo, generalmente minoritario, a una política de otro sector dominante y a la vez mayoritario, que le priva de oportunidades similares.

Dicha situación, le pone un freno a su ascenso, mediante la segmentación de las clases, esto es, que todos tienen la oportunidad de trabajar en el sector que quieran, pero sólo el grupo dominante -blanco, principalmente-, puede llegar a los niveles más altos.

Ante este panorama, las chicanas han llevado una carga mayor, ya que además de la discriminación por cuestiones de raza y clase, han sufrido

un tercer tipo de marginación por ser mujeres, que las ha relegado a un papel secundario en la toma de decisiones (Segura, 1984)¹.

La situación expuesta no data de tiempos recientes. Acuña (1988) y Barrera (1979), afirman que esta comenzó en el siglo XIX, tras la incorporación a Estados Unidos de los territorios que antes pertenecieron a México. Así, la población que los habitaba originalmente, no logró formar parte de la sociedad estadounidense en igualdad de condiciones que quienes los incorporaron.

No obstante, por razones de espacio y periodización, solamente me referiré a lo que sucedió a partir de la Segunda Guerra Mundial.

Con la participación directa de los Estados Unidos en la Segunda Guerra y tras el ataque japonés a la base naval de Pearl Harbour, en diciembre de 1941, comenzaron a darse una serie de cambios al interior de la sociedad de los Estados Unidos. Uno de ellos fue la incorporación a la fuerza laboral de cinco millones de mujeres, inmigrantes o no, ya que tras la demanda de soldados, ellas constituyeron un apoyo primordial para las necesidades de los sectores industrial y de servicios, llegando a ser casi

¹ Se usa en términos generales, ya que no significa que todos los hombres exploten a las mujeres, ni que estas estén exentas de ser explotadas por una superior de su mismo género.

veinte millones de mujeres las que participaban en la fuerza laboral, 57% más que las que había en 1940 (Moyano, 1991:326-327; Degler, 1980:994).

No obstante, aunque desempeñaron básicamente las mismas labores que los hombres, sufrieron de discriminación y la remuneración que obtenían, ni siquiera estaba cercana al nivel de lo que ellos ganaban, ya que su salario era hasta 65% menor y aunque hubo intentos de la *World Labor Board*, en 1942, para que los pagos fueran equitativos, generalmente quedaron en letra muerta (Wynn, 1977; Moyano, 1991).

La idea básica de la incorporación de las mujeres, así como de trabajadores inmigrantes provenientes de México, como se verá enseguida, a la fuerza laboral, era evitar la desindustrialización de los Estados Unidos. Sin embargo, una vez que el conflicto terminó, la participación femenina en la fuerza de trabajo, llegó a ser un fenómeno común y constante, Degler (1980), afirma que a partir de los años cincuenta, 10.4 millones de mujeres casadas se sumaron al mercado de trabajo, lo cual significaba casi tres veces más que en 1940.

El hecho de que se mantuvieran trabajando, no significó que se les daría las mismas oportunidades que a los hombres, ya que la brecha salarial

no ha podido acortarse. A esto, debe sumársele que durante la posguerra, se manejó la idea de que las mujeres debían estar en casa con la familia o desempeñando ocupaciones femeninas, haciéndole culto a la vida doméstica y a los valores de la clase media² (Evans, 1989:236-247).

El que una gran parte de los hombres se encontrara en los campos de batalla, originó que se llevara a cabo un programa denominado bracero - entre 1943 y 1965- , por medio del cual la mano de obra era sustituida temporalmente por trabajadores provenientes de México.

Hay que resaltar, que este programa no incluyó a mujeres, ya que era más fácil contratar sólo a hombres y no a familias para que los gastos fueran menores y la facilidad de mandarlos de regreso a casa, mayor. La importancia de este programa radicó en que para los chicanos ya establecidos, fueron más difíciles los proyectos de organización e hizo que los salarios de los trabajadores se deprimieran y, sobre todo, que se ensanchara la brecha entre los salarios agrícolas y los industriales (Martínez y McCaughan, 1990:42).

² El culto a la domesticidad, entre otras cosas, pretendía que las mujeres se quedaran en sus casas y que criaran a sus hijos, para así, contribuir a dar la imagen de una sociedad feliz.

Es a partir de este periodo, que las chicanas comenzaron a experimentar, con mayor intensidad, un proceso constante de proletarianización, que las insertó en la economía estadounidense, como un excedente de brazos baratos para el crecimiento industrial.

A continuación, expondré con algunos cuadros, tanto su evolución en la fuerza laboral de los Estados Unidos, como algunos otros indicadores de su situación³.

Distribución de las trabajadoras chicanas

Sector laboral	1930	1950	1960
Cuello blanco	15.4	32.4	36
Profesionales/Técnicas	2.9	4.6	5.5
Directivas/Propietarias	2.4	3.9	2.5
Clero/Vendedoras	10.1	23.9	28
Cuello azul	25.3	30.9	27.1
Capacitadas	0.6	1.4	1.2
Semi-capacitadas	21.9	28.1	24.8
No capacitadas	2.8	1.4	1.1
Servicios	38.4	27.8	26.1
Agro	20.7	6.5	4.1
Capataces/Dirigentes	1.0	0.3	.2
Trabajadoras agrícolas	19.7	6.2	3.9

Fuente: Barrera, 1979.

Como puede verse, la participación de las chicanas disminuyó en algunos sectores, como fue el del trabajo agrícola, esto responde, a que con el paso del tiempo, la población chicana se urbanizó, por ello, también puede

³ Generalmente los perfiles estadísticos se refieren a los trabajadores cuya calidad migratoria es legal, si estos incluyeran a la gran cantidad de trabajadores mexicanos indocumentados, las cifras serían mayores y lógicamente la situación social, en promedio, sería más dramática.

notarse que paulatinamente, fueron ocupando empleos como trabajadoras de cuello blanco, sobre todo, como vendedoras y en algunos casos, como secretarias. Por otro lado, el porcentaje de obreras o trabajadoras de cuello azul, ha sido similar y constante, sin embargo, puede notarse que hay un número mayor de chicanas que no han tenido la preparación para desempeñar trabajos calificados, de esta manera, el número de trabajadoras semi-calificadas y no calificadas, sobrepasa al de las que tienen un mayor nivel de capacitación.

Hay que resaltar que a las chicanas generalmente se les ha empleado en trabajos considerados como femeninos, por ejemplo, el cuidado de niños y el servicio doméstico, el cual no ha sido del todo novedoso, ya que muchas mexicanas lo han desempeñado, tanto para tener un lugar seguro donde vivir, como para sobrevivir económicamente. Fueron empleadas también, sobre todo a partir de la segunda guerra mundial, en puestos de oficina --como muchas otras mujeres, incluso aquellas de origen anglo--.

Si se toma en cuenta la evolución que han tenido en los sectores laborales, es necesario también, analizar el crecimiento del porcentaje de

chicanas en la fuerza laboral de los Estados Unidos, situación que puede verse en el siguiente cuadro.

Porcentaje de Chicanas en la fuerza laboral

1930	1950	1960
14.5	21.7	26.6

Fuente: Barrera, 1979.

En el cuadro anterior, puede notarse que el número de chicanas en la fuerza de trabajo de los Estados Unidos, fue en ascenso. Esta situación no sólo se debió a que la población de origen mexicano aumentó, sino a que una gran cantidad de mujeres se convirtieron en el sostén de sus familias y porque han tenido la necesidad de complementar el ingreso familiar.

Sin embargo, el hecho de que el número de asalariadas chicanas aumentara al pasar el tiempo, no significa que todas hayan trabajado, algunas no lo hicieron por permanecer en casa con sus familias, pero hay otras, que por una u otra razón, no han conseguido trabajo, lo que ha hecho que formen parte de las filas de desempleados y marginados, como lo ejemplifica el siguiente cuadro.

Desempleo en 1960

Anglos		Chicanos	
Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
4.7	4.7	8.1	9.5

Fuente: Segura, 1984.

Como puede verse, hasta unos pocos años antes del Movimiento, la población chicana tuvo un porcentaje mayor -casi el doble entre los hombres y más del doble entre las mujeres- de desempleo, que el de la población blanca. Las razones han fluctuado desde la escasa preparación académica a la falta de oportunidades. Esta marginación corresponde menos a género que a cuestiones raciales, porque ya se vió anteriormente, que una gran cantidad de mujeres siguió trabajando al finalizar la segunda guerra y este problema ataca más a la minoría en su conjunto.

Otro problema importante al que se han enfrentado muchas chicanas, es el tener que mantener a sus familias. El siguiente cuadro nos ejemplificará mejor este problema.

**Porcentaje de mujeres como jefas de familia
en el suroeste en 1960**

Origen anglo	Chicanas
7.7	11.9

Fuente: Grebler, Moore y Guzmán, 1970.

Es de notar, que el porcentaje de chicanas que se han encargado de sostener económicamente, así como de hacerse cargo de la educación de sus hijos, ha sido mayor que el de las mujeres de origen anglo. Esta situación se ha dado por la ruptura familiar, por tener que completar el gasto familiar, debido a que en algunos casos sus esposos no han encontrado

trabajo o porque han sido madres solteras. El problema ha sido mayor, si se toma en cuenta el salario que percibían.

Ingreso promedio anual en 1960

Anglos: urbano y rural	Chicanos: urbano y rural	Chicanas
\$4815 USD	\$2768 USD	\$1202 USD

Fuente: López y Rivas, 1971.

El tipo de trabajo que han desempeñado, así como el ingreso promedio, es una consecuencia, más no la única, de la triple opresión que las chicanas han experimentado, ya que también la falta de instrucción ha sido determinante, en la clase de puestos que han ocupado.

Esto se entiende, debido a que en los Estados Unidos -como en muchos otros países-, el grado de escolaridad y el tipo de educación, han sido importantes vehículos de movilidad social y, una gran parte de la población chicana, no puede aspirar a ello, ya que provienen de familias rurales, que no han podido brindarles la oportunidad o el estímulo suficiente, para obtener niveles elevados de educación.

El siguiente cuadro expone el nivel escolar de la población chicana a mediados de siglo.

Nivel educativo promedio de la población chicana en 1950 y 1960

1950	Texas	Nuevo México	Colorado	California	Arizona	Total
Hombres	4.4	7.0	7.3	8.3	7.0	6.8
Mujeres	4.5	7.3	7.6	8.5	7.1	7.0
1960	Texas	Nuevo México	Colorado	California	Arizona	Total
Hombres	6.2	8.4	8.5	8.9	7.8	8.1
Mujeres	6.1	8.5	8.7	9.2	8.2	8.2

Fuente: Barrett, 1966.

Como puede notarse, el grado de escolaridad ha ido en aumento progresivo, sin embargo, no ha sido lo suficiente como para acercarse al nivel de la población blanca de Estados Unidos, que en 1950, cumplía 10.5 años de escolaridad y en 1960 alcanzaba 11.7 años (Barrett, 1966)⁴.

No obstante, la falta de instrucción no representó un obstáculo para que las chicanas intentaran cambiar la situación nada favorable en la que se encontraban, por lo que en muchos casos lucharon unidas y formaron sindicatos, llegando incluso a levantarse en huelga con el fin de lograr mejoras, tanto salariales, como de calidad laboral, como se verá en el siguiente apartado.

⁴ La segregación escolar fue un problema grave que enfrentaron los chicanos a mediados de siglo, esta fue derogada en 1954, sólo que en la práctica, la situación fue distinta. Ver González (1990:142-146).

1.2 ORGANIZACION Y PARTICIPACION

Los proyectos de organización de las chicanas han sido diversos, sin embargo, sólo me referiré a dos que considero los más importantes: las trabajadoras de UCAPAWA y la participación de las mujeres en la huelga del cinc.

El primer caso es el de las trabajadoras que se aglutinaron en torno a la *United Cannery, Agricultural, Packing and Allied Workers of America - UCAPAWA-*, la cual mantuvo un contacto cercano con las trabajadoras chicanas, tanto agrícolas, como de cuello azul.

UCAPAWA tenía el apoyo del Congreso de Organizaciones Industriales -CIO, por sus siglas en inglés- y estaba conformado por algunos miembros del Partido Comunista -CP-, además entre su base social estaban muchos chicanos y sus actividades de organización, gran parte de ellas encabezadas por mujeres, las llevaron a cabo en el suroeste de los Estados Unidos (Acuña, 1988; Mirandé y Enriquez, 1979).

Entre las organizadoras y dirigentes de UCAPAWA, figuraban algunas mexicanas, como eran Luisa Moreno, Carmen Escobar y Julia Luna, que pelearon por cambiar la calidad de vida de sus compatriotas.

Los años de mayor activismo fueron de 1937 a 1950, llegando a organizar una huelga importante en 1939 en la *California Sanitary Canning Company*, con el fin de mejorar la calidad sanitaria y las condiciones laborales de las trabajadoras. No obstante, aunque tuvo una gran importancia en la organización, tras la deportación de Luisa Moreno y otros miembros, debido a la histeria comunista que invadió a los Estados Unidos en esos años, se dio por finalizado el proyecto (Ruiz, 1987).

Muchas chicanas han sido fundamentales para la realización de piquetes de huelga, uno de los más memorables fue el que llevaron a cabo al lado de los trabajadores del cinc en 1950.

Esta huelga la iniciaron una gran cantidad de mineros, casi todos de origen mexicano, que trabajaban en Hanover, Nuevo México, los cuales demandaban que les igualaran el sueldo respecto a los trabajadores de otras minas, así como el pago de transporte de sus casas al trabajo, a lo que se negó la empresa *Empire Zinc*. Debido a ello, radicalizaron su lucha y fue cuando las mujeres entraron en acción, haciendo los piquetes de huelga, por lo que sufrieron toda clase de represión y abuso por parte de la policía (Cotera, 1976:99).

Muchas de ellas, sin importar que se les amontonara en las cárceles con todo e hijos, luchaban por hacerse escuchar⁵, demostrando así su tenacidad, que fue de gran importancia para llegar a un posterior arreglo en 1952, lo que marcó un ejemplo de resistencia para las luchas futuras.

Al lado de las organizadoras de huelgas y activistas, estaban las mexicanas que trabajaban en organizaciones políticas y económicas que pugnaban por el bienestar de los mexicanos que vivían en los Estados Unidos, algunas sin confrontar directamente a las autoridades, pero con la idea clara de buscar mejoras. Este tipo de asociaciones fueron usuales durante la posguerra y el fin principal era unirse en torno a las necesidades y carencias de los chicanos. Su importancia radicaba en ser de las primeras experiencias políticas organizadas de la población chicana.

Entre ese tipo de organizaciones estaban la Asociación Nacional Mexico Americana -ANMA-, fundada en 1948; la *Mexican American Political Association* -MAPA-, establecida en 1959; la *Community Service Organization* -CSO- fundada en 1947, así como la *Political Association of Spanish Speaking Organizations* -PASSO-, creada en 1961.

⁵Sara M. Evans (1989:249) pone como ejemplo el caso de una chicana que, encarcelada con su hijo pequeño, se quejó porque necesitaba una leche especial para alimentarlo, ante su ira, las demás mujeres decidieron secundarla y al grito de "queremos la leche", lograron que los carceleros la obtuvieran.

Las chicanas tuvieron una participación importante en estas asociaciones. En la ANMA y el *Mexican Civil Rights Congress* ocuparon solamente puestos auxiliares, pero en MAPA y en PASSO asumieron liderazgos, aunque no a nivel estatal sino local (Acuña, 1988:332). Entre las más representativas, estuvieron Francisca Flores, Dolores Sánchez y Ramona Morín, que militaron en MAPA (Griswold del Castillo, 1996:32)

Muchas chicanas trabajaron en este tipo de sociedades mutualistas con el fin de cooperar y conseguir mejoras para la comunidad en general. En este sentido, Martha Cotera (1976:98-99), afirma que las mujeres fueron importantes para mantener algunas de las tradiciones mexicanas, por ejemplo, en las celebraciones de los aniversarios de la Independencia de México y de la Batalla de Puebla, organizaban bailes, desfiles y comidas, con el apoyo de dichas sociedades.

Hay que resaltar que el hecho de que no todas las chicanas se aventuraran a combatir la inequidad y opresión, mediante el activismo y la confrontación directa, fue fundamentalmente porque las que eran el sostén de sus familias estuvieron más preocupadas por asegurar sus empleos e incluso muchas de ellas debían regresar a casa a cuidar de sus familias.

Por último, las chicanas que no trabajaban eran importantes también, puesto que muchas de ellas han servido como el elemento de cohesión en las familias y son las que han continuado con algunas tradiciones, como las fiestas, los cumpleaños y las prácticas religiosas; incluso las hay -en mayor o menor medida- que han preservado algunos patrones culturales, como son la educación de las hijas, para que sean buenas esposas y madres o el enseñarle a los hijos que ellos deben ser los proveedores del dinero y los que lleven el mando⁶. Aunque no han tenido una experiencia política y organizativa, ello no ha sido impedimento para el apoyo que le han brindado a la comunidad en diversas huelgas.

⁶ Esta afirmación podría no ser satisfactoria para muchas personas, sobre todo a finales de siglo, sin embargo, la herencia cultural mexicana de hace cuarenta o cincuenta años, impregnada de valores rurales, es la que muchas familias mexicanas llevaron a los Estados Unidos y es lógico suponer que a la postre se convertiría en un obstáculo para que las mujeres se integraran plenamente al Movimiento Chicano. Para el tema de herencia cultural, pueden verse los siguientes trabajos, Mirandé y Enríquez (1979), Vásquez (1990) y Madrigal (1977), entre otros.

2.1 EL MOVIMIENTO CHICANO

Con el fin de revertir la situación de desigualdad que ha sufrido la población de origen mexicano de los Estados Unidos, muchos de ellos intentaron unirse para luchar en pro de mejoras, lo que no se dio de manera rápida y sencilla, ya que existían diferencias en cuanto a demandas y prioridades, así como en lo que concierne a tiempo de residencia y a grado de aculturación.

Sin embargo, también existían factores comunes, por ejemplo: los referentes a la pertenencia a una misma etnia; el haber sido parte de una misma clase; el tener una historia común y el haber tenido experiencias similares de dominación y dependencia, así como de opresión y marginación, sin importar la actividad que desempeñaban o su posición en la sociedad (Gómez-Quíñones, 1989: 93).

Pese a las diferencias culturales, políticas o económicas que tenían los mexicanos de Estados Unidos, el Movimiento fue uno de los intentos por modificar la situación de la población chicana, respecto a la sociedad dominante, sin embargo, no toda la población de ascendencia mexicana se identificó con él y menos con el término chicano, además, aunque habla

coincidencias, la pertenencia a grupos distintos -de campesinos a profesionistas- los dispersaba, debido a que estaban poco identificados y conectados entre sí. Esto representó más la lucha de muchos frentes, cada uno con sus propias armas y estrategias, que un movimiento conjunto y totalmente homogéneo (Gómez-Quíñones, 1990).

Dicho Movimiento tuvo lugar en una época de plena efervescencia. Fueron los años en los que se llevaron a cabo diversos intentos de liberación en muchas partes del mundo. La Revolución Cubana, los Movimientos de Liberación Nacional en Africa, las luchas pro derechos de los negros e infinidad de proyectos juveniles que buscaban el cambio social, fueron solamente algunos de ellos.

En este sentido, la lucha de los negros y las mujeres fue muy importante. La primera fue la pionera en tratar de alcanzar la igualdad en derechos civiles y constituyó un ejemplo para los demás movimientos, yendo de la no violencia de Martin Luther King, a la militancia más extrema del poder negro. El movimiento de las mujeres más allá de tener motivos raciales, se fundamentó en la lucha por obtener la igualdad de oportunidades entre los géneros, tanto laborales, como en la toma de decisiones (Bayes, 1982).

El Movimiento Chicano se inspiró más en el de los negros, por tener un fin similar, el cual era prioritario en su agenda: acabar con la segregación racial. En estos movimientos, las cuestiones de género se dejaron de lado, después de todo, el sexismo existía en ambos.

Estos proyectos de reformismo alcanzaron a las instituciones, originando que durante la gestión de John F. Kennedy, se emprendiera una guerra contra la pobreza, la marginación y el desempleo que recién habían sido descubiertos, por lo que se llevó a cabo el programa de La Nueva Frontera. El asesinato de Kennedy, no impidió que también bajo el mandato de Lyndon Johnson, se intentara cambiar ésta situación, por medio del programa de la Gran Sociedad. Ambos programas dieron prioridad a los derechos civiles, aunque prestaron mayor atención a la demandas de los negros⁷.

Esta situación fue importante para que los chicanos comenzaran a tener una mayor conciencia y fue fundamental para que los movimientos pro derechos civiles crecieran, llevando a las minorías a replantearse la situación que vivían en su propio país (Acuña, 1988:307-311).

⁷ No sólo por ser la minoría étnica más importante en los Estados Unidos, sino porque las fricciones entre blancos y negros, han sido mayores y más cruentas.

Uno de los fines principales del Movimiento Chicano era aglutinar a las personas de ascendencia mexicana -nacidas o no en los Estados Unidos-, en la lucha por redefinir su relación con la sociedad dominante, autodefiniéndose como chicanos, originarios de una patria común llamada Aztlán, en donde las barreras de clase debían dejarse atrás (Griswold del Castillo, 1996:48).

Hay que resaltar que el nacionalismo fue un factor de primera importancia en el intento de amalgamar a sectores que eran diferentes. El Plan Espiritual de Aztlán (1969), reconoce a éste como la clave para que la organización trascienda a los lazos o facciones económicas, políticas, de clase o religiosas de cualquier tipo, siendo el factor primordial en el que los chicanos debían estar de acuerdo.

La forma más común de llamar a dicho nacionalismo, fue chicanismo, el cual representaba la ideología de un pueblo con la idea de autoafirmarse y era el principio por el cual, cualquier persona de ascendencia mexicana, sin importar de qué lado de la frontera hubiera nacido, sintiera un lazo de identidad.

Los chicanos opinaban que era necesario unir sus esfuerzos para así enfrentarse a un enemigo común, que era una sociedad dominante -de

origen anglo, principalmente-, que negaba su cultura y los oprimía y que además ocupaba tierras, que por razones históricas pertenecían a los mexicanos⁸, por lo tanto, era necesario luchar por la autodeterminación cultural y política, usando la protesta como arma principal. Esta era una de las diferencias principales respecto a los intentos reformistas de los años cuarenta y cincuenta (Acuña, 1988; Moore, 1972:281).

El Movimiento formó parte de la evolución política del pueblo chicano y como indica Mauricio Vigil (1978), constituyó una etapa más radical y compleja en el desarrollo de los chicanos, que ha ido desde la apatía política a la confrontación y activismo de los años sesentas y setentas. Sin embargo también sostiene que el hecho de practicar una cultura política -la mexicana- y estar dentro de otra -la estadounidense- ha sido problemático, ya que su orientación en éste campo no está bien definida y representa un obstáculo para una plena integración al juego político de los Estados Unidos⁹ (Vigil, 1978:49-54).

⁸ La idea principal de El Plan Espiritual de Aztlán (1969) y que se encuentra en otros documentos, de declarar al gachaco o gringo como el usurpador, culpable y enemigo común de los mexicanos y, por ende, de los chicanos, parece más un recurso retórico excesivo, que algo fundamentado y objetivo. A los que estaban más cerca o en contacto con la población sajona, se les calificaba de vendidos. El mismo término chicano representa una reacción de diferenciación respecto al de mexicano-americano, al que se le acusaba de aculturizado y su uso corresponde más a la efervescencia que trajo consigo el Movimiento, que a una identificación plena de la población de ascendencia mexicana con él. ⁹Se refiere a la evolución del comportamiento político de los chicanos como bloque, no de manera individual, ya que algunos representantes de la generación mexicano-americana de la posguerra tuvieron una participación directa en el sistema político de los Estados Unidos, por ejemplo, Edward Roybal.

Hay que anotar que aunque el componente nacionalista fue fundamental como elemento de cohesión en lo cultural, no fue determinante para que las personas de ascendencia mexicana tuvieran un comportamiento político homogéneo. (Bayes, 1982:92-93)

Los campos de acción del Movimiento, fueron tanto el urbano, como el rural, por lo que estudiantes, jóvenes, trabajadores del campo y de cuello azul, artistas, intelectuales, políticos y demás, intentaron unir esfuerzos con el fin de abrir mayores espacios y ser reconocidos como minoría importante (Griswold del Castillo, 1996; Gómez-Quiñones, 1989).

De principios de los años sesenta a mediados de los setenta¹⁰ se llevó a cabo la etapa de mayor radicalidad y confrontación directa. El periodo posterior fue más conservador, lo que significó que se institucionalizaran muchas de las demandas y que se hicieran más notorias las contradicciones y carencias del Movimiento, entre las cuales estaban: los recursos retóricos excesivos, uno de ellos, el cambiar el sistema desde fuera, que no lo lograron, como se verá más adelante; el etnocentrismo y la ceguera ideológica; la utopía de trascender barreras de clase; la falta de unión entre las organizaciones, las facciones y las regiones y, sobre todo, la escasez de

¹⁰ Juan Gómez-Quiñones (1990) apunta que la etapa más liberal y radical del Movimiento Chicano termina en 1978; Richard Griswold del Castillo (1996) sostiene que ésta va de 1965 a 1975.

recursos para preservarlo, los cuales eran fundamentales en un país como los Estados Unidos (Gómez-Quíñones, 1990:141-146).

En suma, puede decirse que el Movimiento Chicano no puede entenderse como algo uniforme, ya que sus metas, sus capacidades organizativas y el componente social diferían unas de otras y aunque es cierto que logró cohesionar a los chicanos en torno a demandas insatisfechas, sus frentes de acción generalmente no estaban conectados entre sí, como se verá continuación.

2.2 EVOLUCION Y COMPONENTES DEL MOVIMIENTO

Un precursor y líder que encabezó al Movimiento, fue César Chávez, quien empezó a organizar a los trabajadores del campo, mediante la creación en Delano, California, hacia 1962, de la *Farm Workers Association - FWA-*, que después se convertiría en la *United Farm Workers -UFW-*. Chávez junto con otros líderes, como su esposa Helen Chávez y Dolores Huerta, impulsaron acciones colectivas muy importantes, que ya son parte de la historia sindical norteamericana, por ejemplo, la huelga de cultivadores de uva de Delano, en 1965, la cual puede tomarse como pionera del Movimiento. La importancia de César Chávez radicó en haber sido el líder

nacional que el pueblo chicano necesitaba, aunque su lucha trascendió al aglutinar a otras minorías, como fueron los filipinos en la huelga de la uva de 1965 (Acuña, 1988:325).

Otro personaje importante fue Reies López Tijerina, quien creó en 1963, en Nuevo México, la Alianza Federal de Mercedes Libres, que buscaba la reivindicación del control de las tierras que por herencia eran parte del virreinato de la Nueva España y, que por lo tanto, eran propiedad de México. El momento más importante de su lucha, fue el asalto a la Audiencia de Tierra Amarilla, en 1967. El problema con Tijerina fue que con el paso del tiempo su figura se desgastó y tras una estancia en la cárcel, una vez que la abandonó, se desvaneció. Sin él, sus seguidores no supieron qué hacer (Gómez -Quiñones, 1989).

El activismo urbano se manifestó tras la creación en 1966, por Rodolfo *Corky* González, en Denver, Colorado, de la *Crusade for Justice*, que se orientó a luchar por erradicar la discriminación racial en las escuelas públicas y por terminar con la brutalidad policiaca, así como a ofrecerle apoyo a las huelgas y movilizaciones chicanas. Esta organización, cuya ideología era nacionalista e independentista, tenía la idea de lograr la autodeterminación chicana, como se demuestra en El Plan Espiritual de

Aztlán, surgido de la Conferencia de Denver, en Marzo de 1969 (Griswold del Castillo, 1996).

Hay que resaltar también a José Angel Gutiérrez, que impulsó en Texas la creación de un partido político llamado Raza Unida -RUP-, que buscaba orientar el voto de los chicanos, así como proyectar a candidatos chicanos, para elecciones locales y generales. La poca unión del partido, sobre todo ideológica, así como el hecho de que más allá del sur de Texas, por ejemplo, en Nuevo México y California, no estuviera tan organizado, hizo que el experimento no fructificara (Montejano, 1987). No obstante, como muchos otros partidos políticos surgidos en los Estados Unidos, de movimientos que buscaban cambios -ecologistas, pacifistas, negros y mujeres-, fue un intento que buscaba trascender a las asociaciones integracionistas del pasado.

Más allá de estos líderes, los jóvenes y los estudiantes, fueron también una parte importante del Movimiento Chicano y se manifestaron de forma distinta.

Desde mediados de los años sesenta surgieron muchas organizaciones estudiantiles, que finalmente se unirían para formar el

Movimiento Estudiantil Chicano de Aztlán -MEChA-, surgido de la Conferencia de Santa Bárbara, en 1969, donde se intentó llevar a cabo el Plan Espiritual de Aztlán, de 1969 y en la cual se formuló El Plan de Santa Bárbara, de 1970, que buscaba obtener mejoras en la educación superior. Surgieron también algunas organizaciones paramilitares como las boinas cafés, que intentaban velar por los intereses de los chicanos (Vigil, 1978:99-108).

Otro acontecimiento relevante que uniria a estudiantes y la comunidad chicana de Los Angeles, fue la Moratoria Chicana de 1970, concentración masiva que sirvió como plataforma de protesta hacia la guerra de Vietnam, en donde muchos jóvenes chicanos perdieron la vida. Esta se llevó a cabo en *Laguna Park*, el 29 de agosto de dicho año y tras largas horas de disturbios, culminó con represión y la muerte de tres personas (Castillo y Ríos-Bustamante, 1986).

Por otro lado, el sector más acomodado y educado, también se hizo notar, mediante la creación de MALDEF -*Mexican-American Legal, Defense and Education Fund*-, en 1968, encabezados por abogados chicanos, auspiciados por la Fundación Ford. El fin que perseguían, era entablar acciones jurídicas en casos de discriminación y otros problemas, así como

crear un fondo de becas para la juventud chicana (Griswold del Castillo, 1996). Fue una muestra de que para luchar por mejoras, no era necesario mantenerse fuera del sistema y de cierta manera continuaba con la tradición de las asociaciones mutualistas de los años cuarenta y cincuenta.

Aunque en este trabajo me refiero básicamente a la lucha política de los chicanos, considero que es necesario tomar en cuenta también al campo de la cultura, ya que éste es uno de los ámbitos en el que los chicanos han sido dominados. En este sentido, hicieron del teatro y de los órganos de difusión, los medios para tratar de concientizar a una gran parte de la población, incluyendo a aquellos que no dominaban totalmente el idioma inglés.

En esta línea, el Teatro Campesino de Luis Valdez, fue muy importante. Con un tinte político-social y usando el bilingüismo, tuvo en los trabajadores de la *United Farm Workers* a sus colaboradores y a su público, siendo el mismo Valdez colaborador de la UFW, participando en la marcha a Delano. Fundado en 1965, es en 1967 cuando se da un cambio, poniendo puestas ya no sólo para trabajadores del campo, sino también urbanos, por ejemplo, *No saco nada de la escuela y Vietnam campesino* (Acuña, 1988:337; Cárdenas de Dwyer, 1979:160; Yerbro-Bejarano, 1979:176).

Por otro lado, entre los órganos de difusión cultural y política, encontramos a las casas editoriales preocupadas por la cuestión chicana, las cuales publicaron desde literatura, hasta teoría política. Entre ellas están: *Pajarito Publications*, *The Bilingual Press*, *Justa Publications* y *Tonatiuh Publications*. Las publicaciones más importantes surgidas durante el Movimiento Chicano fueron: *Aztlan: International Journal of Chicano Studies Research*, que desde 1970 aborda la problemática cultural y política de la comunidad; también está la pionera *El Grito: A Journal of Contemporary Thought*, obra del grupo cultural Quinto Sol, en 1967 (Gómez-Quíñones: 1989:111).

Por medio de estos frentes de acción, se buscó concientizar a la población chicana y fueron parte de un esfuerzo por cambiarles su situación política, social y económica, coincidiendo en la idea del cambio mediante la acción, pese a que la diversidad de fines que perseguían y lo difuso de su ideología, más que ayudar, constituyó a veces un obstáculo.

2.3 LAS MUJERES EN LA AGENDA DEL MOVIMIENTO

Uno de los fines principales del Movimiento, fue la liberación del pueblo chicano y la autodeterminación frente a una sociedad dominante, por

lo que surgieron algunas críticas y aportaciones de parte de las mujeres respecto a esta actitud.

Muchas chicanas consideraron que el movimiento no atacaba de fondo todos los problemas, por lo que la situación no podía cambiar de manera tan drástica. Por otro lado, estaban convencidas de que era necesario redefinir el papel de la mujer, así como la relación entre los géneros, ya que consideraban que no se había tocado el problema del patriarcado.

Estas ideas fueron en parte inspiradas por los deseos de liberación que muchas mujeres experimentaron durante esos años y aunque dentro de sus prioridades no contemplaban una separación del resto del Movimiento, no fueron pocas las que rompieron con algunas organizaciones, como se verá más adelante.

Hay que resaltar que las chicanas si participaron en el Movimiento, incluso, como puede verse en el capítulo primero, han jugado un papel decisivo en muchas luchas sociales, por lo que el punto central es analizar cuál fue el rol que desempeñaron y en qué forma lo hicieron.

Las quejas giraron en torno a la manera en la que se insertaron las chicanas en el Movimiento, ya que no estaban de acuerdo en seguir desempeñando el mismo papel que hasta ese momento, ni en jugar un papel cuantitativo y no cualitativo. Básicamente significaba, que una gran parte no eran incluidas en papeles protagónicos y de liderazgo y sí cuidando niños, preparando comidas y haciendo volantes¹¹, aunque sí hubo quienes participaron en organizaciones dentro del Movimiento e incluso como lideresas, caso concreto el de la UFW (Del Castillo, 1980a; Gómez-Quíñones, 1990:120-121; Vásquez, 1980).

Los hombres, por su parte, consideraban que había que homogeneizar las demandas y no creían que fuera prioritario lo que las chicanas querían, para ello argumentaban que el feminismo era cosa de las mujeres blancas clasemedieras y que esas ideas romperían con los lazos familiares y desviarían la atención del Movimiento, en el cual lo más importante era la liberación de los chicanos como pueblo y no como género, por lo que consideraban que el problema era el gabacho, no así el macho (Orozco, 1984).

¹¹ Esta división del trabajo de manera inequitativa, que es principalmente la escasez de oportunidades para las mujeres, no sólo se da entre los chicanos, sino que está presente en casi todo el mundo.

Era lógico que una argumentación como la anterior, provocara el enojo de las chicanas, por ello, Elizabeth Martínez y Ed McCaughan (1990:52), afirman que el machismo se ha consolidado como uno de los más serios impedimentos para que las chicanas se organicen y luchen por mejoras, no sólo durante el Movimiento, sino en muchos otros campos y en otros momentos.

Las chicanas, al plantearse su papel dentro del Movimiento, consideraron que debían jugar los mismos roles que las mujeres en la Revolución Mexicana¹². De esta forma, debían jugar un papel destacado dentro del Movimiento, esto es, ser parte del mismo en posiciones clave y similares a las de los hombres y no tener un lugar secundario en la lucha por obtener beneficios para la comunidad, así como en la toma de decisiones.

Sin embargo, aunque algunas radicalizaron su lucha, al considerar que la contradicción principal del Movimiento radicaba en el machismo al interior de las organizaciones, es necesario aclarar que no todas las mujeres tomaron una postura radical al respecto y, aunque estaban de acuerdo que sufrían una triple opresión -de nacionalidad, de clase y de género-, creyeron

¹² La Revolución Mexicana incorporó a la mujer a la vida nacional, sin embargo, al haber diversas facciones dentro dicho movimiento, no jugaban todas el mismo papel, ya que mientras algunas estaban presentes en los campos de batalla, otras estaban interesadas en la política institucionalizada. El estudio de Ana Lau y Carmen Ramos (1993) analiza e ilustra este problema.

que el Movimiento era uno y que no era justo que le echaran toda la culpa a los chicanos, ya que así como ellas, también habían sido oprimidos (Del Castillo, 1980a).

De acuerdo a la evolución del Movimiento, Martha Cotera (1976:157) apunta, que mientras la década de los sesenta fue la de los chicanos, los setenta tendría que ser considerada la de las chicanas. Esto, debido a la cada vez mayor participación femenina en actividades tanto políticas, como culturales, dentro de su comunidad, o por su cuenta..

3.1 LA LUCHA LABORAL

3.1.1 LA UFW Y LAS MUJERES

En el capítulo anterior, di algunas referencias básicas sobre el movimiento de la *United Farm Workers* y la huelga de uva de Delano en 1965, lucha pionera y emblemática del Movimiento Chicano. En este breve apartado profundizaré un poco, pero principalmente me referiré a la participación de las chicanas en dicho sindicato

En un movimiento cuyo dominio era primordialmente masculino, de pronto surgió con relativa fuerza la participación de las mujeres, aunque sin entrar de lleno a la toma de decisiones y a la ocupación de puestos clave. Una de las excepciones fue la UFW, donde algunas mujeres se convirtieron en pieza clave y fundamental para las negociaciones y la organización del sindicato. Así, Sara M. Evans (1989:264), afirma que "la experiencia de Chávez en organización de comunidades lo llevó a acentuar los problemas comunitarios y la solidaridad comunal, temas que eran de una profunda preocupación para las mujeres".

Una de esas mujeres importantes, fue Dolores Huerta, que desde los años cincuenta trabajó para la *Community Service Office -CSO-*, donde su

labor consistió en el registro de votantes y, por extensión, el manifestarse en contra de la brutalidad policiaca hacia la comunidad chicana. En la UFW, desde un principio ejerció presión para que se cumplieran las demandas de los trabajadores agrícolas y como vicepresidenta del sindicato, fue fundamental su participación en las negociaciones contractuales de los trabajadores. César Chávez dependió de ella para llegar a acuerdos favorables en la huelga de Delano y la de los trabajadores de la lechuga (Griswold del Castillo, 1996:62-63; Mirandé y Enríquez, 1979:233).

Sin embargo, ella no fue la única mujer importante dentro de la UFW, también las esposas de algunos de los dirigentes ocuparon puestos destacados dentro del sindicato. Helen Chávez, la esposa de César, fue durante muchos años tesorera y gerente de la unión de crédito de la UFW. Asimismo, la esposa de Gilbert Padilla, Esther, fue importante en la toma de decisiones y en las actividades públicas durante el boicot de la lechuga, en Washington D. C., hacia 1973 (Rose, 1988).

Otra dirigente importante fue Jesse López de la Cruz. Durante muchos años trabajó como campesina en el suroeste y fue en 1962 que conoció a César Chávez. Este le propuso unirse al sindicato que en aquel entonces estaba formando, ella aceptó y desde 1967 comenzó a

desempeñar labores de dirección. Uno de sus propósitos principales, consistió en que las mujeres se incorporaran plenamente a los trabajos dentro de la UFW y además, fue inspiración para muchas chicanas (Evans, 1989:264-265).

No obstante, era imposible que fuera un sindicato dirigido totalmente por mujeres, por lo que solamente unas cuantas lograron desempeñar ese tipo de actividades y la gran mayoría ocupó puestos secundarios dentro de la UFW.

Si bien es cierto, que con el paso del tiempo, cada vez menos chicanos trabajaban en los campos¹³, esto no significaba que el número de personas involucradas en las actividades de la UFW fuera reducido. Es por ello, que muchas chicanas que no tenían una relación con el sindicato se involucraron. Gran parte de ellas, eran esposas y familiares de los trabajadores y comenzaron a repetir la historia de Hanover, participando en los piquetes de huelga. En un principio, la participación no fue tan grande, pero gradualmente las chicanas estarían cada vez más involucradas.

¹³ Entre 1930 y 1970 el porcentaje disminuyó de 19.7 a 3.0 en el caso de las mujeres y de 35.1 a 8.1 en el caso de los hombres (Barrera, 1979).

Muchos de los boicots de la UFW se realizaron en los centros urbanos y debido a ello, los trabajadores fueron a ofrecer el apoyo necesario¹⁴. En un principio eran hombres solteros, aunque también casados, los que iban a las ciudades para apoyar al sindicato, pero al necesitarse cada vez más gente y al ver los problemas familiares que traía el que los hombres estuvieran fuera, mujeres e hijos emigraron a las ciudades. En esta nueva vida, las mujeres se encargaron de la aclimatación de los hijos, así como de procurar que los lazos familiares se hicieran más sólidos (Rose, 1988:165-172).

Sin embargo, el que de cierta forma estuvieran involucradas en la lucha, no trajo como consecuencia que asumieran la dirección. Al participar como parte de una unidad familiar, muchos roles establecidos volvieron a reproducirse¹⁵, preparaban la comida, cuidaban a los niños y la única experiencia directa que tuvieron en la lucha, fue el repartir volantes, mientras sus esposos eran entrevistados u organizaban nuevas estrategias. No obstante, quizás inconscientemente, esta experiencia fue despertando paulatinamente los deseos de verse envueltas en el cambio (Rose, 1988: 173-190).

¹⁴ Estos proyectos se mantenían, tanto de recursos propios, como del apoyo de otros sindicatos afiliados a la *American Federation of Labor-Congress of Industrial Organizations* AFL-CIO. Uno de ellos fue el de la industria del acero.

¹⁵ Con esa misma carga las mujeres ingresaban al Teatro Campesino y generalmente protagonizaban papeles de sirvientas, abuelas, madres o vírgenes. (Broyles, 1984: 164-169).

Pese a que el trabajo y el apoyo de las mujeres fue importante para conseguir el triunfo de la UFW, el campo de la dirección y organización no estuvo del todo abierto para la gran mayoría de las ellas.

3.1.2 DOS EJEMPLOS DE ORGANIZACION

Debido a la constante participación de las chicanas como trabajadoras de cuello azul¹⁶, su contacto con los conflictos laborales, como organizadoras o huelguistas, fue destacado. Dos muestras de ello, fueron las huelgas de Farah y la de Tolteca.

La huelga de la empresa de ropa Farah, se llevó a cabo en la ciudad fronteriza de El Paso, Texas. Comenzó en mayo de 1972 y terminó en febrero de 1974, en ella participaron más de cuatro mil trabajadores, de los cuales, casi todos eran mujeres -que de hecho, siempre han estado presentes en este tipo de industria-. El conflicto fue originado por la necesidad de los trabajadores de ser representados por un sindicato de su preferencia que velara por sus intereses.

¹⁶ Hacia 1970 el porcentaje de chicanas que eran trabajadoras de cuello azul, alcanzaba el 26.8%.

Los primeros indicios de la huelga se manifestaron con el disgusto de los trabajadores por la calidad laboral, así como sanitaria y médica. Al ser los capataces hombres de origen anglo, en ocasiones se daban acosos sexuales, maltrato y actitudes racistas, llegando incluso a despedir a algunos de ellos, sobre todo, a edad avanzada, evitando pagarles su retiro. El que no tuvieran un sindicato que los apoyara, hizo más grave la situación (Coyle, *et al.*, 1980:120-121).

Tras intentos fallidos por sindicalizarse, en 1972, los esfuerzos por lograrlo se intensificaron y, junto con el despido de veintiséis personas que estaban involucradas en ello, en la planta de San Antonio y otras tantas que se manifestaron a su favor, hizo que los trabajadores de la planta de El Paso se levantaran en huelga. La *Amalgamated Clothing Workers of America - ACWA*- y la *AFL-CIO*, los apoyaron en el boicot a los productos de la empresa (Maciel, 1984:139).

El efectivo manejo de la situación por parte de las chicanas, en piquetes de huelga y en activismo y organización fue determinante. En este sentido, Leticia Calderón (1993:108) anota que "algunas de las mujeres que participaron en la huelga de Farah tenían una experiencia política previa pues habían vivido de cerca las experiencias de sus padres o hermanos al

tratar de sindicalizar fábricas, textiles y minas en el norte de México, incluso algunas mujeres habían crecido en minas e industrias de este tipo”.

Esta experiencia contribuyó a acrecentar la conciencia organizativa de muchas chicanas, así como a darles mayor seguridad en la toma de decisiones, aunque también sufrieron algunos problemas con sus familias, ya que sus esposos no consideraban que fuera apropiado involucrarse en ese tipo de actividades, que las mantenían fuera de casa. No obstante, la preocupación por salir adelante y mejorar su calidad laboral fue más grande, por lo que las manifestaciones de apoyo no cesaron (Coyle, *et al.*, 1980:133-134).

La presión consiguió que al cabo de dos años, la *National Labor Relations Board*, obligara a la empresa a reinstalar a los trabajadores, se aceptó a ACWA como mediador y mediante un nuevo contrato se estipulaba una mayor seguridad laboral, así como un aumento salarial de cincuenta centavos por hora. Así, la huelga culminó en marzo de 1974 (Maciel, 1984:139-140).

En cuanto a Tolteca, hay que comenzar diciendo que de ser una empresa familiar dedicada a la fabricación de comida mexicana -tortillas-, en

Richmond, California, se convirtió en una transnacional manejada por la canadiense IMASCO y en ella trabajaban muchos mexicanos, entre los cuales, gran parte eran mujeres e indocumentados.

En 1969, con el intento de los trabajadores por organizarse en torno a un sindicato, comenzó la lucha. Invitaron al local 595 de la AFL-CIO, que se encargaba de los trabajadores culinarios, sin embargo, la poca atención que le prestaba a sus intereses y su negación a reconocer un contrato colectivo, hizo que en 1974 se reavivara el conflicto, dando por iniciada la huelga. Consiguieron que una organización como CASA-HGT¹⁷, les brindara su apoyo para acabar con los malos tratos, sobre todo a indocumentados, así como para mejorar el ambiente de trabajo, que con despidos colectivos y salarios por abajo del promedio, no era nada sano (Mora, 1981:111-113).

Las mujeres tuvieron una participación destacada en la conducción de la huelga, organizaron asambleas sindicales, en las que se trataban los problemas referentes a la huelga y a la comunidad, como eran las deportaciones y la inserción de las mujeres en la sociedad, dándose de esta manera ánimos para defender sus derechos (Santamaría Gómez, 1988:198-199).

¹⁷ Centro de Acción Social Autónoma-Hermanidad General de Trabajadores, siempre se ha preocupado por los intereses de los indocumentados y en consideración a la clase trabajadora, tanto chicana, como mexicana, una sola.

Esperanza, Alicia, Olivia y Hortencia fueron los nombres de algunas mujeres fundamentales en la dirección del conflicto y, al lado de muchas otras personas, organizaron piquetes de huelga que buscaban que otros trabajadores que no estaban de acuerdo con el paro de actividades, sacaran la maquinaria de la planta. Después de un gran esfuerzo por evitarlo y tras soportar redadas policiacas y amenazas, condujeron a la firma de un contrato colectivo que los favorecía en condiciones laborales y salariales, para poner fin a la huelga en 1975 (Mora, 1981:115-117).

Tolteca y Farah fueron importantes, ya que mostraron que las mujeres y los indocumentados podían ser capaces de organizarse en torno a demandas colectivas y demostrar habilidades directivas, con lo que se caracterizaban como parte fundamental de los movimientos sindicales.

3.2 LA NUEVA CONCIENCIA.

3.2.1 La Chicana: Educación y Política

Como pudo verse en el capítulo primero, los niveles escolares alcanzados por la población chicana, no han sido muy halagadores. Esta situación les ha hecho no ocupar puestos más calificados, sin embargo, la falta de instrucción no ha sido el único impedimento, porque ya se vio que la

marginación es también consecuencia del colonialismo interno y la triple opresión.

Así, una de las prioridades en el Movimiento, fue el mejorar la calidad educativa de los chicanos -básica y superior-, además de redefinir su inserción dentro de la sociedad estadounidense, puntos que estaban incluidos dentro de la agenda del movimiento estudiantil.

Desgraciadamente, la herencia cultural ha sido un lastre con el que han tenido que cargar las mujeres. Mirandé y Enríquez (1979:134-135), sostienen que los rígidos principios han sido parte de la idea de educación de los chicanos, traduciéndose en el apoyo familiar a la educación de los varones y no a la de las mujeres, argumentando que el tipo de educación que deben adquirir, es la provechosa para la crianza de los hijos y las labores domésticas¹⁸. Esto, aunado a la escasez de oportunidades, ha hecho que un mínimo de mujeres ingrese a las universidades.

Pese a ello, muchas de las que estaban en la escuela se vieron involucradas en las actividades de las organizaciones estudiantiles, tales

¹⁸ Desde la época prehispánica, la mujer ha sido relegada a este tipo de labores, situación que no se modificó sustancialmente en la época colonial, ni después de la Independencia. La Revolución Mexicana amplió el campo de acción de las mujeres, pero no logró desterrar el sexismo y el paternalismo de la cultura mexicana. Esto trajo consigo, que la cultura chicana, impregnada de valores mexicanos, haya cargado con este lastre.

como: *United Mexican American Students -UMAS-*, *Mexican American Youth Organization -MAYO-* y *MEChA*. Patricia Hernández (1980:18), apunta que el movimiento estudiantil sirvió como primera experiencia política y de participación en actividades para muchas chicanas, motivadas por el distanciamiento de la vida familiar y el contacto con problemas que las afectaban. Para muchas de ellas, sería el inicio de una vida de activismo político.

Las chicanas estuvieron involucradas desde un principio en el movimiento estudiantil, haciendo ver sus puntos de vista sobre las necesidades y carencias, tanto de los chicanos en conjunto, como de las mujeres y, además, como fue característico en muchos estudiantes en el mundo durante esos años, formaron parte de asambleas, marchas y mítines sobre asuntos estudiantiles y extraescolares, por ejemplo, en la *Moratoria Chicana*.

Uno de sus logros primeros, fue el establecimiento de cursos especiales sobre chicanas en las escuelas superiores de los Estados Unidos, en 1968. Temas como la situación socioeconómica de las chicanas, literatura escrita por y sobre ellas, así como su papel en la historia, fueron tratados en esos cursos.

Todo esto formó parte de la primera etapa del movimiento estudiantil, que comenzó a partir de 1968. En esta etapa se llevó a cabo la Conferencia de la Juventud Chicana, en 1969, en Denver, Colorado, aquí se discutieron problemas importantes para los jóvenes chicanos, entre ellos, el papel de la mujer en el Movimiento, de primer interés para la gran mayoría de las participantes, aunque no para todas. Las quejas giraron en torno a la mínima preocupación de los integrantes del movimiento por incluir en la agenda asuntos femeniles y sólo los que podían ser de interés comunal, como la inmigración, la represión, o la calidad educativa, incluso muchos sostenían la idea de que la mujer no quería ser liberada. Comenzaban así a notarse algunas de las contradicciones del Movimiento (Vidal, 1971:135).

Al surgir nuevas preocupaciones y retos para las mujeres, comenzó a darse una toma de conciencia mayor, la cual, según afirma Sonia A. López (1977: 27), surge entre 1970 y 1972 con la creación de organizaciones y grupos de base en el seno de la comunidad. Fue, en las universidades e institutos de educación superior, donde la actividad de las chicanas empezó a gestarse (Gómez-Quiñones, 1990:120).

Hacia 1970 comenzaron a organizarse en torno a grupos universitarios con el fin de discutir la problemática, tanto de la comunidad,

como del papel que hasta ese momento habían jugado en el Movimiento. En *San Diego State University* se forma el grupo llamado "Las Chicanas" y en *Long Beach University* "Las Hijas de Cuauhtémoc" aparecieron. Fueron las pioneras de muchas otras organizaciones universitarias. Cabe aclarar que no obtuvieron un respaldo total de muchas otras militantes de MEChA y mucho menos de otras, que entre sus prioridades, no estaba el activismo (López, 1977:24).

Mientras tanto, el movimiento estudiantil continuaba e incluso comenzaba a institucionalizarse. Los departamentos de estudios chicanos aparecían, nuevas conferencias y congresos, en los cuales la juventud estaba involucrada tuvieron lugar y la formulación de planes de acción - Espiritual de Aztlán, en 1969 y de Santa Bárbara, en 1970- intentaban replantear y cambiar la situación (Griswold del Castillo, 1996:55).

Fue el inicio de un período transitorio en la evolución de las actividades políticas de las chicanas. Una nueva conciencia, en ocasiones opuesta a la del resto del Movimiento, floreció entre ellas. De esta forma, el activismo estudiantil y las acciones políticas se conjugaron.

La incursión de la mujer en las conferencias y congresos continuó. No obstante el ataque que sufrieron en la Conferencia de la Juventud Chicana de 1969, se mantuvieron presentes en la discusión, así lo demostró su asistencia y participación en las mesas de trabajo de las conferencias de 1970 y 1971, que se llevaron a cabo en el mismo lugar (Vidal, 1971:133).

Tanto las chicanas que se separaron de MEChA, como las que permanecieron dentro del Movimiento, lograron algunas posiciones de liderazgo y tuvieron una participación directa en asociaciones como MAPA y el Partido Raza Unida.

Durante la primera convención nacional de Raza Unida, celebrada en El Paso, en 1972, más de tres mil delegados de diversas partes de los Estados Unidos tomaron parte y acordaron resoluciones tales, como la independencia de Raza Unida respecto a los dos grandes partidos políticos estadounidenses y la creación de un órgano de discusión permanente, llamado Congreso de Aztlán. En esa convención, más de la mitad de los participantes eran mujeres (Vigil, 1978:235-239).

Pese a las divisiones internas que darían fin al proyecto, la presencia femenina fue constante e importante, por lo que algunas de ellas llegaron a

ocupar lugares destacados en el partido, por ejemplo, María Hernández y Virginia Musquiz, que se involucraron en las actividades que llevó a cabo Raza Unida en Crystal City, Texas (Acuña, 1988:332).

Aunque muchas chicanas se mantuvieron activas en la política, los niveles de participación electoral no eran tan significativos. En este sentido, Leticia Calderón (1993:132-133), destaca que debido a que la ciudadanía es determinante para ejercer el voto, no todos las mexicanas que viven en los Estados Unidos pueden hacerlo, por lo tanto, el involucramiento en procesos electorales contrasta con su participación en asociaciones, porque básicamente cuentan con una mayor experiencia en organizaciones de tipo comunitario.

Hay que resaltar, que pese a la participación de algunas chicanas, nunca obtuvieron las posiciones más destacadas en partidos y órganos políticos, por ello, tuvieron que esperar a crear sus propios espacios de expresión.

3.2.2 EL FEMINISMO: ¿UN MOVIMIENTO DISTINTO?

La necesidad de expresar sus ideas y la despreocupación del Movimiento hacia la condición de la mujer, generaron la nueva conciencia de las chicanas, quienes se vieron ante la disyuntiva de seguir luchando con el movimiento o iniciar por cuenta propia la marcha hacia la libertad.

Un acontecimiento que marcaría su destino, fue la Primera Conferencia Nacional de la Chicana, celebrada en Houston, Texas, en 1971, en la que participaron más de seiscientas mujeres. Aquí se hizo evidente la diferencia ideológica entre ellas, mientras un bando consideraba que había que continuar apoyando al Movimiento y luchando por la liberación de los chicanos como pueblo, otro sector buscaba impulsar los cambios por cuenta propia. Finalmente el grupo no feminista abandonó el auditorio y celebró su propia conferencia en un parque cercano (Del Castillo, 1980a:12). De esta forma, se manifestó una división -presente en todo tipo de movimientos-, que llevaría a plantear nuevas propuestas.

El ataque principal al feminismo chicano, fue el acusarlo de intentar dividir al Movimiento, ya que se consideraba que era un invento de las mujeres blancas y clasemedieras y, que por tanto, atacaría el valor esencial

de la cultura chicana -la unidad familiar-. Si bien era cierto que sí estuvo inspirado en la lucha de las mujeres blancas y también por otros movimientos que buscaban el cambio, la experiencia cultural chicana le daba otro matiz, haciéndolo diferente. Ya en la conferencia que se llevó a cabo en Houston, el 84% de las chicanas sostuvo que los problemas de las chicanas y las de las otras mujeres no eran los mismos (Vidal, 1971:135).

Con respecto a lo anterior, las chicanas estaban de acuerdo en la crítica que hacía el movimiento feminista al sexismo, así como en la necesidad de abrir espacios de expresión para las mujeres, también desconfiaron del giro etnocentrista que el movimiento dió (Del Castillo, 1980:7-16).

Las chicanas pelearon por desmitificar su imagen pasiva, pero no estuvieron de acuerdo en lo que las mujeres anglosajonas pensaban de los chicanos, esto es, que eran los más sexistas de todos, sin reconocer que el sexismo, en mayor o en menor medida, es perjudicial.

Lo que diferenció al feminismo chicano del movimiento feminista organizado y dirigido por mujeres anglosajonas, fue su carga histórica y cultural. Las chicanas las consideraban insensibles hacia problemas que las

aquejaban, como la pobreza y el racismo, los cuales generalmente no eran parte de la experiencia de la población blanca -a excepción, en algunas ocasiones, de la pobreza-. Incluso calificaban a las mujeres blancas como racistas. Por ello optaron por encontrar en sí mismas la solución de sus problemas, de esta manera, había que crear un movimiento de la chicana, que peleara por terminar con la triple opresión y buscara ayudar a liberar a los chicanos, aunque los hombres no lo vieran de la misma manera (Cotera, 1979:238-241).

Aquellas que siguieron la vía feminista, comenzaron a reunirse para discutir y plantear soluciones a sus problemas y necesidades, hasta ese momento ignorados por el resto del Movimiento. Juntas, o en ocasiones solas, hicieron de las organizaciones, grupos de discusión y la escritura, los medios para hacerse presentes¹⁹.

De esta forma, desde los años sesenta emergieron grupos y organizaciones de chicanas, entre las cuales podemos citar las siguientes: *Chicana Welfare Rights Association*, en 1968; Las Hijas de Cuauhtémoc, en 1970; de la *Mexican-American Issues Organization*, se desprendió la Comisión Femenil Mexicana y *National Network of Hispanic Women*.

¹⁹ La literatura ha sido uno de los vehículos de difusión más importantes del feminismo chicano y es el campo que más profundamente se ha estudiado.

También se fundaron algunas publicaciones como *Regeneración*, en 1970 y *Encuentro Femenil*, en 1973 (Gómez-Quíñones, 1989:144-145).

Una lucha que protagonizaron las chicanas durante los setentas, fue la del derecho a controlar su cuerpo. El aborto, la esterilización involuntaria y la violencia sexual, fueron los temas inmediatos en su agenda, ya manifiestos en la Primera Conferencia Nacional de la Chicana, de 1971.

El aborto, fue un tema que era interesante, no sólo para las chicanas, sino para el movimiento feminista en general. Su lucha consistió en conseguir una legalización democrática, para que las mujeres de escasos recursos pudieran costearlo y no tuvieran que recurrir a las intervenciones quirúrgicas clandestinas. Sin embargo, fue un tópico polémico, ya que encontraron resistencia entre las chicanas, que con valores religiosos muy arraigados, no lo consideraron prioritario. Las más radicales, argumentaron que el control natal era una trampa para frenar el crecimiento de grupos étnicos minoritarios (Acuría, 1988:395).

En cuanto a la esterilización involuntaria, este fue un tema que afectó tanto a las chicanas, como a otras minorías, por ejemplo, las indígenas, las puertorriqueñas y las negras. Todas ellas sufrieron

esterilizaciones contra su voluntad, generalmente mientras les estaban practicando abortos. Se buscaba, que por medio de la esterilización, se controlara el número de nacimientos, con el fin de reducir el gasto social destinado a estos grupos, a quienes se les ha considerado en muchas ocasiones, como los responsables de los actos delictivos y del aumento de la pobreza en los Estados Unidos (Del Castillo, 1980b:65-70).

3.2.3 ALGO SOBRE LOS ESTUDIOS DE LA CHICANA.

Como expresé antes, hacia 1968, comenzaron a plantearse soluciones a un problema nada nuevo: la opresión de las chicanas. Esto, trajo como consecuencia, la creación de cursos relacionados con la problemática de las chicanas. Ese mismo año, fueron introducidos los cursos de estudios chicanos en el Colegio Estatal de Los Angeles (Acuña, 1988:335), aunque su incorporación a nivel general en las universidades del suroeste, se llevó a cabo con El Plan de Santa Bárbara de 1969 (Maciel,1984:146).

Lo que llevó a incorporar estos cursos en las universidades, fue la respuesta al desinterés del Movimiento, en cuanto a los asuntos relacionados con las mujeres. El grupo más radical se encargó de incluir las

necesidades de las chicanas en una discusión mayor, tomando las instituciones de educación superior, como los vehículos de expresión idóneos para hacerse escuchar.

Una de las pioneras en este campo, fue Anna Nieto Gómez, participante en el proyecto de "Las Hijas de Cuauhtémoc", el cual, ya había sacado una publicación y se desenvolvía como un grupo de discusión en *Long Beach University*, en donde la propia Nieto Gómez, aún estudiante, comenzó a organizar dichos cursos, siendo incluso parte de la planta docente (Del Castillo, 1990).

Entre los tópicos principales a los que los estudios de la chicana se refieren, están aquellos que han sido tocados a lo largo de éste trabajo: la inserción inequitativa, en cuanto a paga y tipo de ocupación de las chicanas; la segregación y discriminación racial que han experimentado en la historia; su papel dentro de la familia y, sobre todo, desarrollar una teoría que englobe y sustente estos problemas, la cual se conoce como teoría de la triple opresión.

Sin embargo, la gente que ha estado involucrada en estos proyectos ha enfrentado diversos problemas, uno de ellos es el sexismo existente,

necesidades de las chicanas en una discusión mayor, tomando las instituciones de educación superior, como los vehiculos de expresión idóneos para hacerse escuchar.

Una de las pioneras en este campo, fue Anna Nieto Gómez, participante en el proyecto de "Las Hijas de Cuauhtémoc", el cual, ya había sacado una publicación y se desenvolvía como un grupo de discusión en *Long Beach University*, en donde la propia Nieto Gómez, aún estudiante, comenzó a organizar dichos cursos, siendo incluso parte de la planta docente (Del Castillo, 1990).

Entre los tópicos principales a los que los estudios de la chicana se refieren, están aquellos que han sido tocados a lo largo de éste trabajo: la inserción inequitativa, en cuanto a paga y tipo de ocupación de las chicanas; la segregación y discriminación racial que han experimentado en la historia; su papel dentro de la familia y, sobre todo, desarrollar una teoría que englobe y sustente estos problemas, la cual se conoce como teoría de la triple opresión.

Sin embargo, la gente que ha estado involucrada en estos proyectos ha enfrentado diversos problemas, uno de ellos es el sexismo existente,

tanto en las instituciones académicas, como a nivel general y dentro de la propia comunidad (Orozco, 1984), aunque de hecho, uno de los más graves y que más las limita, es que está destinado sólo a un pequeño grupo de estudiantes, que representan al sector con mayor nivel escolar y enterado de la problemática, no así a las miles de mujeres que no asisten a las instituciones de educación superior por atender sus necesidades inmediatas.

CONCLUSIONES

Durante la presente investigación, he desarrollado el tema del Movimiento Chicano y la inserción de la mujer en el mismo, para llegar a las conclusiones que a continuación expondré.

- Las chicanas si participaron en el Movimiento, sólo que de una manera inequitativa y en ocasiones subordinada, el liderazgo, la mayoría de las ocasiones, quedó en manos de los hombres. Solamente algunas figuras femeninas destacaron, sobre todo en la UFW y en algunas luchas laborales como Farah y Tolteca, pero no todas, ni en todos los frentes, aunque ello no impidió que consiguieran logros como los ya expuestos y que incluso aportaran a las ciencias sociales la teoría de la triple opresión, por medio de la cual diferenciaban las necesidades y prioridades entre el movimiento feminista anglosajón y el de las minorías, en este caso, la chicana.

- El descontento que mostraron hacia el Movimiento, no se tradujo en la unión de esfuerzos para llevar a cabo una lucha común, esto debido a que las más militantes y con mayor educación tenían otras prioridades, que iban desde los cambios profundos en las relaciones sociales, hasta la organización y asesoramiento en huelgas y movilizaciones. Ante la diversidad de frentes y fines, fue difícil la integración de un movimiento de la

chicana; ni siquiera el movimiento feminista norteamericano, cuyos alcances y difusión eran mayores, lo logró.

- El cambio desde la academia constituyó en ocasiones un obstáculo, ya que contempló algunos aspectos que no podían verlos de la misma forma las trabajadoras de cuello azul o las del campo, las primeras intentaban globalizar el cambio, mientras que las segundas intentaban cambiar su situación y las de sus familias. Un ejemplo es la incorporación de los estudios de la chicana, que generalmente se han orientado a las personas que han pasado por las aulas universitarias.

-Un aspecto importante, que determinó la manera en la que las chicanas se insertaron dentro del Movimiento, fue el cultural. Muchos prejuicios, por parte de los hombres y en algunos casos de las mujeres, impidieron que las chicanas desarrollaran las mismas actividades que los hombres y en igualdad de condiciones e incluso marcaron la diferencia entre las más radicales y las menos preocupadas por el activismo.

Así, la lucha de esta importante minoría -tanto hombres como mujeres-, ha tenido que redefinir su papel y sus fines, con el paso del tiempo.

BIBLIOGRAFIA

- ACUÑA, Rodolfo (1988) Occupied America. A History of Chicanos, Nueva York, Harper & Row.
- BARRERA, Mario (1979) Race and class in the Southwest: A theory of racial inequality, Notre Dame, University of Notre Dame Press.
- BARRETT, Donald N. (1966) *Demographic Characteristics*, en Forgotten Americans, compilado por Julián Samora, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1971.
- BAYES, Jane H. (1982) Minority Politics and Ideologies in the United States, Novato, California, Chandler & Sharp.
- BROYLES, Yolanda Julia (1984) *Women in El Teatro Campesino: "¿A poco estaba molacha la Virgen de Guadalupe?"*, en Chicana Voices: Intersections of Class, Race and Gender, National Association for Chicano Studies, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1993.
- CALDERON CHELIUS, Leticia (1993) Participación política de mujeres inmigrantes mexicanas en El Paso, Texas, tesis de maestría en Sociología, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- CARDENAS DE DWYER, Carlota (1979) *The Development of Chicano Drama in Luis Valdez's Actos*, en Modern Chicano Writers, A collection of

critical essays, compilado por Joseph Sommers y Tomás Ybarra-Frausto, Nueva Jersey, Prentice-Hall, Englewood Cliffs.

- CASTILLO, Pedro G. y Antonio Ríos Bustamante (1986) México en Los Angeles, México, Editorial Patria, 1989.

- COTERA, Martha P. (1976) Diosa y hembra: the history and heritage of Chicanas in the United States, Austin, Information System Development.

- COYLE, Laurie, Gail Hershatter y Emily Honig (1980) *Women at Farah: an unfinished story*, en Mexican Women in the United States. Struggles past and present, compilado por Magdalena Mora y Adelaida R. Del Castillo, Los Angeles, Chicano Studies Research Publications, UCLA.

- DEGLER, Carl (1980) *Women*, en Encyclopedia of American Economic History volumen 3, editada por Glenn Porter, Nueva York, Charles Scribner's sons

- DEL CASTILLO, Adelaida R. (1980a) *Mexican Women in Organization*, en Mexican Women in the United States. Struggles, Past and Present, compilado por Magdalena Mora y Adelaida R. Del Castillo, Los Angeles, Chicano Studies Research Center Publications, UCLA.

_____ (1980b) *Stenlization: an overview*, en Mexican American Women in the United States. Struggles past and present, editado por Magdalena Mora y Adelaida R. Del Castillo, Los Angeles, Chicano Studies Center Research, UCLA.

- _____ (1990) Introducción al libro Between Borders: Essays on mexicana-chicana history. Encino. Floricanto.
- *El Plan Espiritual de Aztlán* (1969)
 - EVANS, Sara (1989) Nacidas para la libertad. Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
 - GOMEZ-QUIÑONES, Juan (1989) "*Camino y Esperanza (1960-1985)*" en El Otro México 1600-1985, tomo 8 de la colección México un pueblo en la historia. compilada por Enrique Semo, México, Alianza Editorial Mexicana.
 - _____ (1990) Chicano Politics, reality and promise 1940-1990, Albuquerque, University of New Mexico.
 - GONZALEZ, Gilbert (1990) Chicano education in the Era of Segregation, Filadelfia, The Balch Institute Press.
 - GREBLER, Leo, Ralph Guzmán y Joan Moore (1970) The Mexican American People: The Nation's second largest minority, Nueva York, The Free Press.
 - GRISWOLD DEL CASTILLO, Richard (1996) Aztlán Recuperada. Una historia política y cultural desde 1945. México, UNAM-CISAN.
 - HERNANDEZ, Patricia (1980) *Lives of chicana activists: the chicano students movement (a case study)*, en Mexican American Women, Struggles, past & present, compilado por Magdalena Mora y Adelaida R. Del Castillo, Los Angeles, Chicano Studies Center Research; UCLA.

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

59

- LAU, Ana y Carmen Ramos (1993) Mujeres y Revolución 1900-1917, México, INEHRM-INAH-SEGOB-CONACULTA.
- LOPEZ, Sonia A. (1977), *The role of the chicana within the student movement*, en Essays on la mujer, compilado por Rosaura Sánchez, Chicano Studies Center Research, UCLA, 1978.
- LOPEZ Y RIVAS, Gilberto (1971) Los Chicanos, una minoría nacional explotada, México, Nuestro Tiempo.
- MACIEL, David (1984) *Los chicanos: su lucha contemporánea (1965-1982)*, en Estados Unidos, Hoy, compilado por Pablo González Casanova, México, Siglo XXI.
- MADRIGAL, Rachel (1977) La chicana and the movement: ideology and identity, tesis de doctorado en Educación, Claremont Graduate School.
- MARTINEZ, Elizabeth y Ed McCaughan (1990) *Chicanas y mexicanas within a transnational working class*, en Between Borders: Essays on mexicana-chicana history, compilado por Adelaida R. Del Castillo, Encino, Floricanto.
- MIRANDE, Alfredo y Evangelina Enriquez (1979) La Chicana. The mexican-american woman, Chicago, The University of Chicago Press.
- MONTEJANO, David (1987) Anglos y mexicanos en la formación de Texas, 1836-1986, México, Editorial Patria, 1991.

- MOORE, Joan W. (1970) Los mexicanos de los Estados Unidos y el Movimiento Chicano, México, FCE, 1972.
- MORA, Magdalena (1981) *The Tolteca Strike: mexican women and the struggle for union representation*, en Mexican immigrant workers in the U.S., compilado por Antonio Rios-Bustamante. Los Angeles, Chicano Studies Research Center Publications, UCLA
- MOYANO, Angela (1991) "*La sociedad norteamericana durante la Guerra*", en EUA. Síntesis de su historia III, Vol. 10, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora.
- OROZCO, Cynthia (1984) *Sexism in Chicano Studies and the Community*, en Chicana Voices. Intersections of Class, Race and Gender, National association for chicano studies, Albuquerque. University of New Mexico Press, 1993.
- ROSE, Margaret Eleanor (1988) Women in the United Farm Workers, a study of chicana and mexicana participation in labor union 1950-1980, tesis de doctorado en Historia, Universidad de California en Los Angeles.
- RUIZ, Vicky L. (1987) Cannery women, cannery lives: mexican women unionization and the California food processing industry 1930-1950, Albuquerque, University of New Mexico.

- SANTAMARIA GOMEZ, Arturo (1988) La izquierda norteamericana y los trabajadores indocumentados, México, Ediciones de Cultura Popular-Universidad Autónoma de Sinaloa.
- SEGURA, Denise A. (1984) *Chicanas and triple opression of labor force*, en Chicana Voices: Intersections of Class, Race and Gender, National association for chicano studies, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1993.
- VASQUEZ, Carlos (1980) *Women in the Chicano Movement*, en Mexican Women in the United States. Struggles, past and present, compilado por Magdalena Mora y Adelaida R. Del Castillo, Los Angeles, Chicano Studies Research Center Publications, UCLA.
- VASQUEZ, Josefina Zoraida (1990) *Educación y papel de la mujer en México*, en Between Borders: Essays on mexicana chicana history, compilado por Adelaida R. Del Castillo, Encino, Floricanto
- VIDAL, Mirta (1971) *Women: new voice of La Raza*, en The Chicanos in America 1540-1974, compilado por Richard A. Garcia, Nueva York, Oceana Publications, 1977.
- VIGIL, Mauricio (1978) Chicano Politics, Washington, University Press of America.

- WYNN, Neil A. (1977) *"De la guerra mundial a la sociedad en abundancia"*, en Los Estados Unidos de América, compilado por Willi Paul Adams, México, Siglo XXI.

- YERBRO-BEJARANO Yvonne (1979) *From acto to mito: a critical appraisal of the Teatro Campesino*, en Modern Chicano Writers, a collection of critical essays, editado por Joseph Sommers y Tomás Ybarra-Frausto, Nueva Jersey, Prentice-Hall, Englewood Cliffs.